



Pronto encontraron en el camino a una niña.

La niña dijo:

*—Llévame, caballo  
pequeño,  
a la gran ciudad  
del Sueño.*

*—¡Monta a mi lado! —dijo el niño.*

*Montó la niña, y fueron galopando, galopando, galopando.*

*El conejito*





Pronto los pajaritos se hicieron grandes. Y querían volar.

—¡Mira! —dijo uno de ellos a los otros—. Yo puedo volar. ¿Queréis verme volar?

¡Hop, hop, hop! Y el pajarito que quería volar cayó en tierra al intentarlo.

Vino el pájaro madre. Y también vino el pájaro padre. Ellos no podían ayudar a su hijito, que se les había escapado del nido.

Pero Nita le cogió al pie del árbol.

—Ven aquí, Toñito —dijo la niña—. Este pequeñito cayó del nido. Nosotros debemos ayudarlo.

Tomó Toñito el pequeño pájaro, subió con él delicadamente sobre el árbol y le puso dentro del nido.

Toda la familia de Ruizperillo rio hasta que la gatita Mancha salió de su cárcel de algodón. Entonces, Ruizperillo dejó en el suelo su pelota de goma para que Mancha jugara con ella. Y la gatita echó a correr asustada y diciendo:

—¡Fus! ¡Fus! ¡Parrafús!

Porque el gato más valiente,  
si sale escaldado un día,  
huye del agua caliente,  
pero, además, de la fría.

